

L I T E R A T U R A . L I B R O

SUPERSTICIONES DE PUERTO ROSA

Ale Pa

Participan Manque Labanca (performance sonora),
Kako y Soledad Pérez (Villa Mora editorial y conjunto musical) y
Juan Rodríguez Lage (intervención audiovisual).

En el marco de las actividades de difusión del Área de Literatura del Centro UNLP, se presenta en forma virtual —debido a la suspensión de actividades presenciales por COVID 19—, un adelanto del poemario *Supersticiones de Puerto Rosa* (Villa Mora editorial, 2020) del poeta Ale Pa. Se reproducen aquí el prólogo completo al libro de la gran poeta bahiense Lucía Bianco y una selección de poemas realizada por el propio autor.

Táctica y estrategia de los deseos

Lucía Bianco

•

Este libro de poesía de Ale Paiva que hoy se reedita y fue su primero en 2012, tal vez sea también un libro sobre una ciudad particular. O sobre cómo salir de ella, que a veces es lo mismo. Sobre un Puerto cuya identidad parece, a vista simple, forjada a base de martillos, yunques y toques de queda. Por eso titular “*Supersticiones de un Puerto Rosa*” es como preguntar: ¿y si no fuera tan así? ¿Y si los fundamentos de este Puerto son, también, algo irracionales?

Poner esas y otras nociones con las que crecimos en el mismo estante que una pulserita roja para combatir el mal de ojo - es decir, en el lugar de las creencias cotidianas menos prestigiosas- hace pensar que todo lo supuestamente “normal” se puede revisar. Y eso tiene su potencia. Porque las creencias también son deberes implícitos, que se llevan sin notar.

•

Un libro sobre salir de lo esperado, a explorar. Más allá de una ciudad, más allá del núcleo familiar primero, más allá de lo asignado según genitalidad natal. Empezando por instalar la noción de que hay un afuera al afuera conocido, casi todo otro mundo al que se puede salir. Saltando. Un libro sobre el instante (a veces años) previo a saltar.

•

Salir esquivando también los lugares comunes, porque “puntaltaciudadfacha”, “puntaltaciudaddederecha” son palabras que ya vienen hechas cristal de roca. Le sobran en la boca a quien las enuncia sin mucha voluntad de pensar por qué. O cómo es posible modificar lo dado, más allá de describir la ciudad rápidamente, tranquilizadamente.

Esquivar esa tranquilidad con una propuesta: “vivir sólo para transformarse”, que surge como principio en este libro. Activado justamente por un entorno que parece insistir en

quedarse siempre idéntico. La autotransformación como primera operación sobre lo dado. No auto adocrinarse. No auto reglarse. Mejor que te toque la remera fallada antes que las millones color normal.

•

Y contra la primera noción de quien asocia “Punta Alta” a “ciudad de militares-marinos”, Ale despabila: ciudad de albañiles también, de cal en la piel, de casas medias bajas, muy bajas, no sólo oficialidad. Ciudad de trabajadorxs sin fin, porque hay varios tipos de carne trincada al ritmo de la armada (como diría otro puntaltense que escribe poemas).

•

Un desfile de camiones y camionetas que pisotearon vaya a saber qué. Ese tipo de violencia del entorno la intuye un sujeto que conoce al detalle de violencias y jerarquías en su propia escala: crecer en una familia en casa de chapa, en este lugar, en este tiempo.

Tal vez por eso encuentra una respuesta a varios tipos de opresión: no convertirse en opresor. Si hay desesperación que sea por no volverse idéntico al padre. En eso la mirada niña ayuda. Y, al crecer, la esperanza de mutar todo el tiempo a otra cosa que no sea lo normal.

•

Es que la normalidad, la norma, es tan basta como la distancia entre un telón y un alambre de púa. Una distancia que Ale busca sublevar a fuerza de pestañas, maquillaje, movimientos concretos y sobre todo ¡sueños! herramientas precisas que la infancia dispone y que permiten hacer de un yuyal un largometraje con música increíble de fondo.

•

¿Qué potencia pueden tener esas herramientas tan precarias al alcance de una mente de pocos años? ¿La fuerza de una granada que se aprieta en la mano para soltar a los 15, 20, 30? Quiero responder: la fuerza de una técnica. Que se va elaborando con el pasar del tiempo, como al pestañar, sentarse, estudiar lo que te gusta, escribir versos, proyectar otro futuro posible.

•

Irse lejos con la mente es un ensayo de algo que puede hacerse cierto. Incluso sin irse de la ciudad. Es el sustento de un modo de vivir mejor ese contexto, que deviene en técnica, en operaciones sobre la lengua.

Lo que va a modificarse y lo que no. La lengua como argamasa del invento, de lo que parecía que no pero sí es posible mutar. Ese tipo de práctica social que al dejar un registro sobre el viaje, propone también un modo de itinerar.

•

“Hoy quiero ser tuya, mañana no sé” ¡Porque ni sé quién voy a ser mañana! Si hasta los médanos de la Nueva Bahía, hechos de capas y capas de basural estratificado, parecen estar siempre ahí ¡pero en su corazón son médanos voladores!

Así es la materia del deseo, que en el momento de nombrarse cambia. Y si defiende una soberanía es la sensual, sin límite conocido.



La resaca del mundo es aprovechable, para Ale, en una estética. El barro o mejunje de segunda mano de nuestra fantasía puede relucir, nos muestra. Las bolsas de cal se hacen pollera, el frente de una casa con Fulget, praliné. Cierta tradición pondeana leída de costado en la poesía argentina de los 90tas en mezcla con los monólogos del Parakultural vistos en youtube, hacen cantar.



Al cuerpo del trabajo, al cuerpo de la Armada, al cuerpo tomado por el frío, quemado por la cal o sometido a peores mecanismos, le opone el roce de puntillas, apenas, sobre la piel erizada de los tobillos... ¿Cómo bandera? No, más bien como una especie de secreto, sublevado, para quien pueda escuchar ¡para quien pueda sentirlo! Eso: la llave de salida del cantero está hecha con materiales de la imaginación, de lo mínimo amplificado y hasta de la afectividad. No por efecto de oposición a “lo real”, sino porque el entorno contiene también esos elementos que se invitan a mirar con un zoom especial.



Una mirada que nos ayuda a preguntar ¿Qué diferencia hay en el fondo -de verdad- entre el detalle de esos flecos dorados moviéndose en el hombro del uniformado y los mismos movimientos brillantes en el pubis de la pasista de la comparsa Daimar´a? Una mirada que une esos brillos es la que busca desestabilizar, no ver ahí sólo lo fácil (lo opuesto de “dos mundos”) sino la potencia desestabilizadora de sus coincidencias.



Es posible leer no sólo este libro, sino también las puestas en escena que hace Ale de sus textos, en relación a lo que Perlongher proponía ver en el carnaval: abordarlo no como descompresión momentánea de lo oprimido (perspectiva en la que el deseo, aunque “rebelde”, continuaría girando en torno a la lógica dominante), sino como expansión positiva de otra lógica.

Así, la pollera hecha con bolsas de cal irrumpiendo en el obrador no es una mera inversión de lo establecido, sino un gesto positivo bien aprendido del carnaval, esa “manifestación de toda una estrategia diferente de producción del deseo, que trascendiendo la fugacidad de las serpentinas, escande y perturba constantemente el tejido social”.



La carnavalización como estrategia positiva puede pensarse a muchos niveles: es el deseo irrumpiendo en la sociedad patriarcal, que incluye también una ruptura con la lógica política y económica dominante.

Permite además reconocer que en el terreno que se pisa no todo es enemigo (sino quedaría como única opción la inmovilidad, la renuncia de quien se identifica como víctima). Hace imaginar que incluso en un lugar como Puerto Rosales hay posibilidades a veces mínimas pero reales de acción, de las que apropiarse es vital.



Por ejemplo, las palabras, el territorio – no desplazado del bélico – donde probar y activar modos de vida que en un momento parecían imposibles.

Un libro sobre el deseo de irse de una ciudad puede ser además el modo de entender cuánto de ella nos constituye. Tal vez el salto mismo es un paso de baile disimulado, el que permite no hundirse demasiado al avanzar andando sobre el humedal.

abril de 2019

